



Pregón de la Semana Santa

Cartagena 2018

ÁNGEL JULIO HUERTAS AMORÓS

Ángel Julio Huertas Amorós

Pregón de la Semana Santa
Cartagena, 2018

© **Ángel Julio Huertas Amorós**

Fotografías:

© **Ángel García Maciá y José Antonio Barros García**

Edita:

Excmo. Ayuntamiento de Cartagena

Imprime:



— imprenta —

T. 968 08 50 08. CARTAGENA

Dep. Legal:

MU - 171 - 2018





Pregón de la Semana Santa de Cartagena
pronunciado por el
Sr. D. Ángel Julio Huertas Amorós
el día 17 de Febrero de 2018,
en el Auditorio El Batel
Paseo Alfonso XII - Cartagena

*A María Victoria Botí Espinosa, Ángel García Maciá,
José Antonio Barros García, Juan José Vélez Vilar
y Telecartagena, mi agradecimiento por su
contribución a la puesta en escena de este pregón.*

A mis padres, Basi y Pepe, que me enseñaron a amar
las procesiones

Hace ya rato que estoy callado, muy quieto en mi silla, contemplando embelesado el paso de la procesión. Sólo el enfado de mi madre con la abuela al ver cómo me he puesto las manos ha logrado distraerme apenas unos instantes. Ajeno a todo, sigo paladeando un caramelo enorme que me compró la abuela, en cuyo envoltorio luce impreso un capirote encarnado. Aún no lo sé, pero ese color llegará a incrustarse en mi alma y llegaré a sentirlo con tal pasión que me llevará a recorrer caminos entonces insospechados, aunque eso es parte de una historia que no sé si voy a contarles. Además no conviene que desviemos la atención de lo único realmente importante: hoy es noche de Miércoles Santo y estamos en Cartagena. Llevo mucho tiempo esperándola, todo un año, y

no estoy dispuesto a que nada me impida disfrutarla. No comprendo todavía el significado profundo de todo lo que veo, ni la transcendencia del hecho de que por la calles lleven preso a Jesús, el Nazareno, pero sí soy capaz de captar las emociones de la noche. No en vano, desciendo de una estirpe de hombres y mujeres que, hasta donde se remonta la memoria familiar, siempre vivieron cerca del mar latino y han sabido trasmitirme esa manera única de sentir la vida que tenemos las gentes del sur; aquellos que hemos nacido y vivido bajo un cielo luminoso en una tierra siempre cuajada de soles. Cierro los ojos y dejo que mis sentidos vayan aprehendiendo la procesión poco a poco, despacio, muy despacio. Sus colores, sus sensaciones, sus aromas, su magia, sus sonidos...

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades.

Sra. Nazarena Mayor de la Semana Santa de Cartagena 2018,
Cofrades y procesionistas, amigos, señoras y señores

El otoño fue muy extraño, no sé si se acuerdan. Hacía calor a pesar de estar avanzada la estación y en mi cofradía se respiraba un ambiente como de Semana Santa; costaba creer que estábamos en noviembre. Una de esas tardes, mientras preparaba mis cosas para acompañar al Prendimiento por la calles de Murcia, la pantalla de mi móvil se iluminó y poco después una voz lejana me anunciaba que sería el próximo pregonero de la Semana Santa de Cartagena. Durante muchos días anduve confuso y aturdido. Unos ratos, cómo no, me sentía contento por el honor recibido; otros, posiblemente los más, me preocupaba enormemente la



responsabilidad adquirida. El no estar a la altura de esa voz grave que, a través de las ondas de Radio Juventud de Cartagena, cada tarde de Viernes de Dolores de hace ya muchos años se colaba en el salón de casa de la tía Dolores anunciándonos que Cartagena estaba de fiesta, que un año más era Semana Santa. Una voz cálida que pregonaba a los cuatro vientos los colores de las cofradías cartageneras: el morado y el rojo, el negro y el blanco; que siempre tenía las palabras adecuadas para expresar todo aquello que me emocionaba y sentía, todo lo que me inquietaba entonces. Lo mismo que me inquieta ahora, en esta noche en la que yo quisiera ser un poco todos y que mi voz fuera capaz de transmitir todo aquello que sienten los procesionistas cartageneros, especialmente esos cofrades anónimos cuya voz nunca oiremos en público y que, sin embargo, hacen posible, con su trabajo callado, nuestras procesiones de Semana Santa.

Las ideas tardaron mucho tiempo en fluir y cuando lo hicieron, las palabras llegaron en momentos inesperados y a veces hasta insospechados. No descarto que, a pesar de las muchas veces que he releído y repasado estas líneas, entre ellas se hayan deslizado alguna de esas series de letras y números que utilizamos hoy en día para identificar los alérgenos, o quizá el nombre de algún califa de la larga lista que estudiaba esos días. No sabría explicarles tampoco por qué, pero desde que conocí la noticia de que sería el próximo pregonero, esa noche ya lejana que acabo de referirles, comenzó a rondar por mi cabeza una y otra vez, insistentemente, como si intuyese que ella probablemente escondía todas las claves que yo necesitaba en estos momentos. Un día, de pronto, descubrí sorprendido que nada había sucedido tal como les conté. Allí, entre añoranzas, se habían fundido la silueta del trono de la Samaritana en un lejano Miércoles Santo y la figura de mi madre, aún joven, acercándose el dedo índice a sus labios mientras me invitaba a guardar silencio porque hoy el Señor estaba muerto. Entre los recuerdos de mi infancia, el Viernes y el Miércoles Santo cartageneros estaban entreverados. No podía ser de otra manera. No es posible entender la Semana Santa en Cartagena sin sus dos grandes polos: marrajo y californio, fuertemente trabados, entrelazados, conformando un universo singular que los cofrades hemos de reivindicar con fuerza, especialmente en estos tiempos convulsos que nos han tocado en suerte vivir, para que no pierda su única razón de ser, su auténtico sentido: la solemne conmemoración de la pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. No sea que alguien pretenda convertirla en ese sin sentido en que se han transformado las cabalgatas de los Reyes Magos en algunas ciudades de España.

Ser marrajo o californio, sin embargo, es condición sine qua non para cualquier cofrade cartagenero. Ese posicionamiento, preceptivo, nos otorga carta de naturaleza. Todos sin excepción hemos tomado partido y nos identificamos única y exclusivamente con un color: el rojo o el morado; el que sentimos como nuestro. Ahí no caben vacilaciones ni ambigüedades. No, no me olvidado, cómo iba a hacerlo. Algunos además somos socorros o resucitados, y otros colores, el negro o el blanco, también nos representan y nos distinguen de las otras dos cofradías. Pero cualquier procesionista cartagenero, aunque no sea cofrade, se siente ante todo californio o marrajo. Probablemente, también la mayoría de los cartageneros, sean o no procesionistas, desde mediados del siglo XIX, cuando las cofradías de Nuestra Padre Jesús Nazareno y la del Prendimiento, tras haber sobrevivido a los avatares de la Ilustración y las desamortizaciones decimonónicas, resurgieron con un ímpetu renovado de la mano de la nueva burguesía, que las transforma y las convierte en uno de los ejes vertebradores de la vida social y cultural de la ciudad. Una época donde el apelativo de marrajo o californio, que los procesionistas comienzan a utilizar entonces, trasciende más allá del ámbito de las cofradías pasionarias y se convierte en una de las señas de identidad de los cartageneros allá donde vayamos. Hasta el punto, me atrevería a afirmar, de que nadie que haya vivido alguna vez en Cartagena ha podido escapar a esa pregunta tan sencilla y tan trascendente para cualquiera de nosotros: ¿cali o marra?; y por supuesto, estoy seguro, tampoco se ha librado de mojarse. Ninguno daríamos por buena esa de respuesta de “calimarra” con la que algunos pretendían zafarse cuando en los patios de los

colegios, de repente un día, todos tomábamos partido claro por una u otra opción, y era signo inequívoco de que algo estaba empezando a cambiar en la ciudad.

La Cuaresma era y sigue siendo un tiempo especial para todos los cofrades y los procesionistas. Una espera tensa. Antes, cuando yo no formaba parte de este mundo, también era para mí una época llena de sorpresas. Cada día aguardaba impaciente el momento de poder leer *El Noticiero*, ávido por conocer alguna noticia sobre las novedades que se estaban pergeñando en las cofradías. Poco a poco, sin darme cuenta, fui habituándome a leer el periódico. Un hábito que aún conservo y que es parte de esa historia de la que no sabía si iba hablarles. Lo mejor, sin duda, era poder conocer las novedades de verdad, es decir, expuestas en algún escaparate del centro. Fue así, con los ojos bien abiertos y probablemente con la nariz pegada a un cristal, como descubrí el mundo de Balbino y sus flores, esas rosas de pasión que tanto me gustan; como supe de Anita Vivancos, de Consuelo Escámez y de tantos otros que crearon, permítanme expresarme de este modo, “mi Semana Santa”.

Antes la Cuaresma era un tiempo muy distinto al de ahora. El Miserere y la Salve, unos días después, constituían el auténtico centro de ese período del año tan intenso. A partir de ahí todo se aceleraba aún más, si es que eso era posible, y ese ritmo trepidante no cesaría ya hasta la semana de Pascua. Entonces no existían ni el Rexurrexit ni tantos otros actos litúrgicos que se han ido incorporando en los últimos años. No había revistas editadas por las agrupaciones, ni apenas otras publicaciones cofrades, ni actos para presentarlas en sociedad, ni tampoco

solían haber exposiciones ni otro tipo de eventos culturales. La Cuaresma antaño era mucho más sencilla, probablemente también más personal, sin duda más íntima y sentida. Era un tiempo propicio para conversar acerca de las procesiones con la familia, los amigos y también con algunos conocidos. Era un momento adecuado para comenzar a adentrarnos en los intríngulis de la Semana Santa. Así, sin darnos cuenta, íbamos aprendiendo nuestra historia, la verdadera historia de nuestras procesiones. No esa historia de hechos irrefutables que debería estar custodiada sólo y exclusivamente en los archivos de las cofradías, y no, como a veces aún ocurre, en algunas colecciones particulares, y constituir un fondo documental accesible y abierto a todos los estudiosos del mundo de las cofradías pasionarias y su entorno; ni tampoco me refiero a esas otras historietas, sin soporte documental que pueda avalarlas, que han ido apareciendo recientemente. Esa posverdad que, coincidiendo con el inicio del siglo actual, algunos han construido sobre ciertas vicisitudes de nuestras cofradías y nuestras procesiones, y que posiblemente no sea sino una expresión más de ese gusto que desde mediados del XIX mostramos los procesionistas cartageneros por incorporar a nuestro propio bagaje todo lo que suene a modernidad, sin pararnos a pensar si es o no oportuno. Yo me refiero a esas otras historias íntimas, a veces no más que una mera anécdota, que todos los cofrades conocemos. Esas que jamás quedarán plasmadas en ningún documento, pero estoy seguro, son las que transmiten el auténtico sentimiento cofrade, el alma de los procesionistas. Creo que existe un cordón imperceptible que nos ha ido enlazando a todos los cofrades y los procesionistas, generación tras generación,

desde los orígenes de nuestras hermandades. Una cadena invisible cuyos eslabones hemos ido engarzando día a día, un año tras otro, con el ejemplo, con el trabajo callado... con esas pequeñas confesiones en apariencia tan intrascendentes.

Posiblemente sean esas dos cosas, que ya no tengo la capacidad de asombrarme como antes ni tampoco tiempo para conservar sobre las procesiones, lo que más eche en falta. Lo que realmente añoro. Algunas noches, cuando en silencio sentado frente a la pantalla del ordenador juego con las palabras, combinándolas mientras trato de escribir algo, siento deseos de dejarlo todo y ocuparme sólo de mis cosas. Pero acaso Julio, me digo, las procesiones no son parte de tus cosas, no son realmente tu mundo. No son lo que tú siempre has querido.

Médico, como el tío Julio, esa era la respuesta categórica cuando alguien me preguntaba que iba a ser de mayor. Todos los que me conocisteis entonces, me lo habéis recordado alguna vez. Algunos amigos, incluso, cuando estábamos a punto de ir a la Universidad, envidiabais mi suerte por tenerlo tan claro. Pero, cuando era un niño, yo de verdad quería ser procesionista, ya lo era. No para la Real Academia, que define el término como *relativo o perteneciente a las procesiones*; o bien, *dícese del que participa en la procesión*, y yo durante los primeros años de mi vida no fui parte de ninguna procesión. Pero yo era procesionista, claro que lo era. ¿Acaso un procesionista no es alguien que ama las procesiones? Yo las amaba, aún las amo. Pensaba, cuando veía a Balbino y a Federo en lo alto de un trono, que un procesionista era un



hacedor de sueños. Ellos cada año hacían posible esa magia que tanto me gustaba.

Tomar partido me llevó mucho tiempo, y aún hubieron de pasar varios años hasta que un día decidí implicarme y ser cofrade. No sé por qué en Cartagena se ha equiparado el término procesionista al de cofrade, cuando no es lo mismo. El cofrade se involucra, trabaja y hace posible con sus cuotas y su esfuerzo que la hermandad siga adelante. Todos los cofrades somos verdaderos procesionistas en ese sentido que le damos los cartageneros, cuyo uso muchos reivindican como lo auténtico, lo de siempre y lo realmente nuestro. Pero un procesionista es sólo un entusiasta, poco más. Bien lo sé yo, que vengo de una familia de procesionistas convencidos, donde, sin embargo,

nadie era cofrade. Hasta no hace mucho creía que la asimilación de los dos términos en nuestra ciudad se remontaba al último tercio del siglo XIX, coincidiendo con la renovación que experimentaron las cofradías pasionarias, no solamente en Cartagena, sino en toda la nación, para adaptarse y poder pervivir en una sociedad nueva que, tras haber echado abajo las estructuras del Antiguo Régimen, demandaba, entre otras muchas cosas, probablemente también una nueva manera de entender las procesiones. Sacar las procesiones a la calle pasó a ser en la época prácticamente el único objetivo de las cofradías que habían sobrevivido. Unas procesiones diferentes donde lo importante era hacerlas atractivas y dotarlas de una personalidad propia para poder competir con las ciudades vecinas, en este caso Murcia y Lorca, por un turismo entonces incipiente. No era difícil concluir, pues, que esos hermanos, permítanme la expresión, “especializados” en echar procesiones a la calle, dejando al margen otros aspectos de la vida cofrade antes importantes, comenzaran a ser conocidos como procesionistas. El contenido de los periódicos cartageneros editados durante esos años, sin embargo, refuta la hipótesis planteada. El vocablo procesionista raras veces aparece escrito, durante la época de la Restauración, en referencia a una persona, para lo que se suele emplear el término cofrade; mientras que la voz procesionista habitualmente es utilizada para subrayar una serie de cualidades que poseen los cofrades: el espíritu, el ardor, el entusiasmo, la fiebre o la sangre que son calificadas como tal. Eso demuestra que el paralelismo en el significado de ambos términos es mucho más reciente y probablemente date de los primeros años del siglo XX. Un período interesante en la historia de las cofradías cartageneras, que renovaron

entonces sus estructuras internas, con la creación de las agrupaciones cofrades, y esa manera tan peculiar de entender los desfiles procesionales al introducir el orden. Esas transformaciones, sin duda novedosas en su momento, hacían necesario que sus promotores tuviesen una serie de cualidades que permitieran su implementación, posiblemente alguna de las anteriormente enumeradas y calificadas por la prensa como procesionistas. Tal vez, en esos años, es posible que el término procesionista pasase a identificar a los cofrades más activos, apasionados y entusiastas. Aquellos precisamente que estaban impulsando el cambio y que con el tiempo pasarían a copar los puestos de influencia en las cofradías. Probablemente, con el paso de los años, todos los miembros de una cofradía, por extensión, pasaron a ser denominados procesionistas. Esto podría explicar porque en Cartagena se confunden las voces cofrade y procesionista, pero no deja de ser una simple teoría que habría que corroborar o desechar con verdadero rigor científico.

¿Cali o marra? Cuántas veces me hice esa pregunta en silencio. A mí nadie me impuso al nacer los colores de su cofradía ni de su agrupación. Tuve la suerte de poder escoger cuáles serían los míos, aunque es cierto que envidié durante mucho tiempo a aquellos hermanos que lo eran desde el mismo día que nacieron. Yo soy cofrade por auténtica vocación, no por tradición familiar, y el paso de los años ha hecho que me sienta orgullo de haber sido sólo yo quién tomase la decisión de serlo. No fue fácil, sin embargo, elegir un color, ni tomar partido. Casi todos en mi familia se sentían marrajos. Mis tíos paternos, Ángel y Julio, cuando eran jóvenes, habían desfilado con la

Piedad y el Descendimiento, respectivamente; y aunque era un secreto, del que no se podía hablar, todos en la familia sabíamos que un Viernes Santo el tío Ángel se había vestido de judío, con gran disgusto de la abuela. Pepe Amorós, mi padrino, fue hermano de la Virgen marraja. Mi padre nunca se vistió de capirote. Nunca supe de verdad si se sentía californio o marrajo. Sólo al final de su vida, cuando mi madre ya no estaba con nosotros, algunas veces le escuché referirse a los californios anteponiendo un sonoro nosotros; pero estoy seguro que no era más que una manera de demostrarme lo mucho que me quería. Tardé mucho en comprenderlo, en llegar a entender que a él, al igual que me ocurre a mí, lo que de verdad le gustaba era ver las procesiones, no ser parte de ellas. Él las saboreaba de otra manera.

Sólo el tío Salvador, un primo de mi madre, era californio. Su pertenencia a la cofradía del Prendimiento se debía a una decisión salomónica del tío Pepe, su padre y hermano de mi abuelo, que quiso que sus dos hijos mayores, los primeros miembros de la familia que nacían en Cartagena, donde se habían establecido a finales del siglo XIX procedentes de Monóvar, se integrasen en las dos cofradías que entonces existían para ir enraizando en la sociedad cartagenera. Pepe, el primogénito, fue destinado a la marraja, al ser ésta la más antigua, y Salvador, el segundo de los vástagos, a la california, cumpliendo el deseo de su padre. El resto de los hijos y sobrinos optarían libremente por ser marrajos. Los dos hermanos llegarían con el paso del tiempo a ocupar puestos de responsabilidad en sus respectivas cofradías. Además de que los marrajos eran mayoría en mi familia, a mí me gustaba

especialmente la procesión de la madrugada. Muchos Viernes Santo de mi infancia, mientras la veía pasar, adormilado y disfrutando un chocolate caliente, soñé con ser uno de esos capirotos que volvían del Encuentro, ese lugar misterioso de la Semana Santa que yo no conocía aún, y así tener como mi tío Pepe un traje de capirote con dos capas, una azul para la mañana y otra negra para la noche. Pero la vida... mi vida como cofrade seguiría otros derroteros.

Aquel año la primavera estaba ya muy avanzada, era 15 de abril, el santo de mi madre y además ese año era Miércoles Santo. Durante todo el día anduve nervioso y excitado. Por primera vez, al caer la noche me vestí de azul, el color que en mi cofradía siempre identificó a los hermanos de la Virgen. Accedí a Santa María por un lugar poco habitual, la puerta de San Miguel, y me sorprendió ver la iglesia tan vacía y silenciosa. Sólo al fondo, frente a la que fuera su antigua capilla, estaba Ella, la Virgen del Primer Dolor, sobre su trono cubierto de claveles y rosas rojas, iluminada por la tenue luz de unas bujías titilantes; mientras la contemplaba embelesado mis labios musitaron de pasada un avemaría. A partir de ahí, los recuerdos se agolpan y se suceden deprisa. Recuerdo el redoble de un tambor batiendo con fuerza en el interior del templo. Un sudario que se alza en el centro de la nave de Santa María y cuando puedo volver a controlar las emociones, me doy cuenta de que hace ya rato que soy parte de la procesión. De esa procesión que conozco tan bien, la he evocado tantas veces a lo largo de la vida. Antes de entrar a un examen, mientras intentaba relajarme, recién llegado a un nuevo destino en una ciudad extraña y desconocida, cuando me agobiaba pensar

en un futuro incierto, aquel mayo ya lejano... cuando mi madre agonizaba y necesitaba evadirme de la realidad. Llevo los colores del Miércoles Santo prendidos en el alma; creo que siempre fui capaz de recitarlos de corrido. Estoy seguro que cuando me fallen las fuerzas y sienta que la vida se me escapa, antes de cerrar los ojos por última vez, los veré pasar una vez más. Todos juntos, como siempre. Primero el amarillo, después el verde... el naranja, en el centro el rojo californio; tras él, el rosa cardenal, el negro, el blanco y al final, cerrando ese maravilloso arco iris, el azul. Los colores de mi procesión. Sus colores me conquistaron y también la Virgen del manto encarnado. Siempre la recuerdo, como aquella primera vez, en medio de un trono cuajado de flores de todos los colores, avanzado desde el fondo de la calle con sus bellas tulipas azul cobalto impregnando mi retina y adentrándose en el alma.

Pero no fue una noche de Miércoles Santo cuando experimenté esa sensación tan íntima de escuchar por primera vez el golpe seco de mi hachote sobre las tablas de la rampa de Santa María. Un momento muy emotivo que estoy seguro que comparten conmigo todos los que son o han procesionistas. En mi caso, como en el de la mayoría de los californios actuales, fue el golpe de una palma una tarde de Domingos de Ramos el que hizo que por primera vez me sintiese procesionista, que formase parte de la procesión. Conseguir que mi sueño se hiciese realidad supuso muchas mañanas de domingo ensayando en el patio de la Casa de Misericordia, cruzándolo de arriba abajo, de abajo arriba, en todas las direcciones posibles bajo la atenta y estricta mirada de Francisco Abad, un veterano sampedrismo, que me enseñó a caminar siguiendo



el ritmo que marcaba el tambor, pese a que no tengo oído ni he sido capaz de discernir nunca entre el redoble y el golpe seco. Así una tarde de Semana Santa, vistiendo de blanco y negro, los colores de San Pedro, le abrí paso al trono de la Samaritana. Pero aún, a pesar de los muchos años transcurridos, cada noche de Miércoles Santo sigo añorando ese gris perlado y ese rosa único de los capirotos de la Samaritana iniciando el cortejo californio por antonomasia.

Aquellos años, cuando era un niño, no me gustaba el Domingo de Resurrección. Me parecía un día triste. De pronto se acaban las procesiones y con ellas esas rutinas que se habían ido creando durante los días de Semana Santa y que tanto me gustaban. Las visitas a lo largo del día a Santa María para ver cómo se iban vistiendo los tronos de flor; las tardes, sentando en el mirador de la abuela María, esperando ver pasar de cuando en cuando los tercios de granaderos y judíos; y luego, al caer la noche, ser parte de ese gentío que llenaba las calles del centro de la ciudad expectante ante el inicio de la procesión. La mañana de Resurrección, sin embargo, me embargaba tal congoja que no disfrutaba la procesión. Además ese día la veíamos en alto, en casa de los abuelos, en un tercero de la calle del Carmen. Allí no habían ni caramelos, ni estampas ni ninguno de los otros muchos alicientes que tenía para mí ver las procesiones sentado en una silla, entre otros, poder rozar las capas de los capirotos y así de alguna manera sentirme parte de ellas. A pesar de mis protestas y de mi insistencia, nunca conseguí que me bajasen a la calle para ver pasar los resucitados como a mí me hubiese gustado. El abuelo Ángel ponía fin a mis protestas con un categórico: antes no habríamos

tenido este problema. Ese rotundo “antes”, en boca de mi abuelo, quería decir que cuando él era joven no había ni la mitad de procesiones que había ahora, sólo la del Miércoles y las del Viernes Santo, según había oído contar, y además ninguna pasaba por “el barrio” donde estaba ubicada la casa de los abuelos. Esa certeza hacía que me sintiese afortunado, pues yo podía disfrutar de una Semana Santa plena, con una procesión para cada día. No podía intuir entonces que con el tiempo las procesiones en Cartagena rebasarían los límites de la propia Semana Santa y se extenderían hasta el Viernes de Dolores. Mientras iba trascurriendo el paso de la procesión de los resucitados, todos recordaban y contaban sus vivencias de ese Domingo de Resurrección de 1943, hace ahora 75 años, cuando hicieron su primera salida. También contaban lo mucho que llovió el año que se estrenó el trono de la Virgen del Amor Hermoso, que tuvo que salir por primera vez la tarde del Lunes de Pascua, una vez que había escampado el temporal. El trono de la Virgen del Amor Hermoso vuelto hacia la iglesia del Carmen en medio de un repique de campanas, aplausos y las notas solemnes de la marcha triunfal era el corolario de la Semana Santa de mi infancia.

Empezaba entonces una tarde larga, muy larga; posiblemente la tarde más larga del mundo. Las recuerdo llenas de nostalgia, ordenando y clasificando la caja con las estampas y postales de Semana Santa. Evocando las muchas emociones vividas los últimos días. Soñando con un Viernes de Dolores que entonces quedaba muy lejano. Siempre he creído, y aún sigo haciéndolo, que la melancolía que destila la tarde del Domingo de Resurrección es la verdadera llamada de las procesiones



cartageneras, ya que los procesionistas, en esas horas bajas, abrumados y apesadumbrados, nos conjurábamos en silencio y nos comprometíamos individualmente para que el año siguiente otra Semana Santa fuese posible. Son precisamente esas quimeras y esas ilusiones renovadas de cada Domingo Resurrección las que mantienen viva la llama cofrade que terminará confluyendo al atardecer del Miércoles de Ceniza en ese acto que conocemos popularmente como la Llamada. Una tradición singular de la ciudad que, probablemente por el carácter íntimo y emotivo que tiene para cada uno de nosotros, no hemos sabido o no hemos querido exportar más allá de los lindes de la propia ciudad. La Llamada supone para los procesionistas cartageneros un reencuentro con nosotros

mismos, con nuestras emociones, con muchos sueños ya casi olvidados que nos transportan a tiempos a veces lejanos y nos devuelven el recuerdo de amigos con los que ya no podemos hablar de procesiones. La Llamada, sin embargo, se ha ido llenando en los últimos años de serie de actos que en mi opinión la han institucionalizado en demasía y han hecho que pierda la espontaneidad y posiblemente hasta su verdadera razón de ser: llamar e invitar al pueblo para que participe de la celebración de la Semana Santa. Hoy todos sabemos que los cabildos generales convocados ese día, según manda la tradición, terminarán con el clásico “música y a la calle”; y la única sorpresa de la noche será el importe de la cuantía de la contribución municipal al sostenimiento de la Semana Santa. Lejos quedan los tiempos de los improvisados sonos del “trau ritaplau” anunciando a nuestros paisanos que una Semana Santa más habría procesiones. Imagino lo que debía suponer para un procesionista de entonces escuchar sus notas en las primeras horas de una noche cualquiera y conocer así que ese año las procesiones se echarían de nuevo a la calle. Sentir los sonidos entrañables de una llamada popular, esos mismos que a mediados del pasado siglo algunos medios de comunicación local calificaban como un auténtico himno para los cartageneros. No sé si los acordes del *Perico Pelao* y las notas de otras marchas de judíos y de granaderos siguen siendo para los cartageneros, tal como se escribía pocos años después de la revolución cantonal, “*lo que la gaita para los gallegos; lo que la jota para los aragoneses*”; pero sí sé que sus notas siguen destilando añoranzas.

Micaela fue a los toros se cayó de la barrera y su madre le decía... Cartagena bulle al filo de la medianoche, cuando la

Semana Santa llega a su punto álgido. Jueves y Viernes Santo se solapan fugazmente, apenas durante una fracción de segundo. Esa es la que unos detendríamos el tiempo para siempre, mientras que otros lo impulsarían decididamente para que esa eternidad fuese solamente un instante más tarde. Unos de ida y otros de vuelta. Californios y marrajos entremezclados. Cartagena se ha echado a la calle para zambullirse en la noche más larga y más cartagenera del año: la noche del Encuentro. La oscuridad y el silencio del Jueves Santo se han trasmutado en una algarabía que en los primeros momentos del Viernes Santo recorre el centro de la ciudad a los sonos de las alegres marchas de los pasacalles marrajos. Cartagena está en vela y una multitud de tertulias y animados corrillos llenan sus calles más céntricas. Jerusalén también está expectante esa madrugada... pendiente de la decisión del gobernador de Judea en ese viernes que cambiará la historia del mundo. Siento el frío de la madrugada mientras busco al Nazareno entre la gente y aligero el paso para llegar a tiempo a la pescadería y acompañar su subida al Calvario, y después seguirlo hasta el Pinacho. Siento el frío de diciembre cuando aún de noche atravieso la puerta de Damasco y me introduzco en la Ciudad Santa siguiendo la Vía Dolorosa. Siento entonces cercano al Nazareno mientras camino apresurado para postrarme ante el lugar de su Resurrección. Llevo varios días viajando por los caminos que anduvo el Señor, pero es allí, en ese preciso instante, cuando siento su presencia. Amanece sobre Jerusalén. Amanece también en Cartagena y el Lago estalla en un mar de aplausos. El Nazareno prosigue entonces despacio su camino, silencioso, entre dos luces... de vuelta al templo de Santa María.

Hace ya una semana que Cartagena se sumergió en otra Semana Santa. No se nos hizo tarde a los cartageneros, y siendo aún noche cerrada, la madrugada del Viernes de Dolores, el Cristo Moreno descendió la cuesta de la Concepción camino de la Caridad. La ciudad se introducía en su día grande, el día de la Virgen, y un sinfín de oraciones, flores y cartageneros se dieron cita a los pies de la Madre venerada. Desde esa madrugada la ciudad luce distinta, sus balcones engalanados con los colores de las cuatro cofradías y el ambiente de la calle no dejan lugar a duda de que Cartagena vive su semana grande, la más larga, la única del año que cuenta diez días. Sus calles han sido ya testigo del paso del Cristo de la Misericordia y de María Santísima del Rosario con sus reminiscencias andaluzas. Palmas y olivos han arropado después a Jesús en una multitudinaria entrada en Jerusalén. Cartagena se ha hecho plegaria la noche del Lunes Santo para aliviar el llanto de su Virgen de la Piedad, mientras decenas de promesas la han acompañado formando parte de esa procesión tan mariana. Hace ya días que los Apóstoles abandonaron con solemne paso y marcialidad sus cuarteles para llegar a Santa María, para volver a ser testigos un año más de aquella noche en la prendieron al Hijo del Hombre, y, como siempre, Pedro se ha quedado rezagado por las calles cartageneras. Ay Pedro, Pedro... sabes que tenemos pendiente una cita cuando esté a punto de cantar el gallo anunciando un nuevo Jueves Santo. Probablemente tendremos muchas cosas de las que hablar. Tú has sido el centro de mis Semanas Santas más queridas, más sentidas, posiblemente también las más felices. Aquellas en las que todos éramos jóvenes y mirábamos la vida con ilusión; aquellas en las aún podíamos

juntarnos todos los amigos. El silencio de la noche del Jueves Santo ha dado ya paso a otro Viernes Santo, y la ciudad aguarda que caiga la noche para asistir al entierro de Cristo acompañando a los marrajos. Apenas queda nada, un par de días. Tras el luto riguroso del Sábado Santo pronto será Domingo de Resurrección otra vez. La vida habrá triunfado sobre la muerte. Hace ya muchos años que me gusta la luz radiante de la mañana de Resurrección, que espero impaciente en el balcón de Carmen la llegada de la Virgen del Amor Hermoso para cantar la última salve y sentir sus notas prendidas en el aire de la tarde. Cuántas Semanas Santas han pasado ya desde que tengo memoria. Cuántas. Pero no todas han sido felices.

Hace rato que espero el paso de la procesión como tantas veces en mi vida. A mi lado está sentado mi padre. Hemos ido a ver a la Virgen un año más, como siempre hacemos, como cada Lunes Santo. Hemos ido a rezarle en silencio, a pedirle que en estos tiempos tan recios que vivimos no nos abandone. No sé si él comprende dónde estamos, pero sé que está feliz. Lo he visto sonreír pícaramente mientras se escondía en el bolsillo un caramelo que le ha dado un nazareno creyendo que no me daba cuenta. Me apena verlo así, tan triste y tan mayor. He aprendido tanto con él. Él fue quien me contó por primera vez las leyendas que corren por la ciudad acerca del origen de los marrajos y los californios, quien me habló de Salzillo, de Capuz, de Benlliure... quien me enseñó a valorar la historia de las cofradías, las tallas de Luis de Vicente y el trono del Santo Sepulcro, entre otras muchas cosas. Y aunque creo que todos saben que soy californio, casi todos

los años, la tarde del Viernes Santo suelo perderme un rato por Santa María, yo solo, sin que nadie me distraiga, para admirar detenidamente toda la belleza que contiene el trono del Santo Sepulcro. Algunas veces contemplando la obra de Félix Grande me he emocionado hasta tal punto que he llegado a pensar por qué no me decantaría por la otra opción. Pero si alguien creyese haber entendido lo que yo no he dicho, no tendría otro remedio que hacerle ver que debió quedarse dormido y probablemente hasta soñar. O tal vez sea que, aunque yo no lo sepa, en mi alma siguen estando prendidos los cuatro colores de las cofradías cartageneras, como cuando era un niño y aún no tenía claro cuál era mi preferido.

Muchas cosas han cambiado en las procesiones desde que las recuerdo, muchas. Sería absurdo creer que la Semana Santa de Cartagena y sus cofradías han permanecido invariables con el paso de los años. Bien deberíamos saberlo los procesionistas cartageneros, tan amantes de incorporar cualquier moda a nuestros cortejos pasionarios. Cuando aún no había llegado la electricidad a las diputaciones y ni siquiera a muchos barrios de la ciudad, nuestros tronos ya se iluminaban con luz eléctrica y poco más tarde también nuestros tercios de capiotes. Eran años, como comente anteriormente, en los que había que competir por atraer a los forasteros. Cartagena apostó entonces por integrar en sus procesiones todo aquello que triunfaba y gustaba en la ciudad: las flores que adornaban las fachadas de las nuevas casas burguesas, siguiendo los dictados de las modas que llegaba desde Cataluña, y la luminosidad que proporcionaban las bombas encendidas gracias al alumbrado eléctrico, signo

de ese gusto por el progreso al que tan dado fueron las gentes de finales de siglo XIX. Luz y flores por doquier, dos elementos que sabiamente combinados conforman la esencia de lo que la mayoría de los aquí presentes entenderíamos como un típico trono de estilo cartagenero. Un ascua de luz en movimiento que se convierte también en símbolo de la divinidad: *Yo soy la luz del mundo, el que siga mis pasos no caminará entre tinieblas*. En esos tronos, de los que nos sentimos tan orgullosos, se conjuga por tanto, de una manera sutil, lo espiritual y lo profano. Como en el orden de nuestras filas de capirotes caminando rítmicamente al son que les marca un tambor, que podríamos entender como una metáfora de la armonía del cosmos creado por el Sumo Hacedor, y que constituye un contrapunto perfecto a los típicos tronos cartageneros.

Poco tenían que ver los esbeltos tronos surgidos en el último tercio del siglo XIX, una novedad en su momento, con los que debieron precederlos, probablemente poco más que unas simples peanas o andas con pequeños candeleros en sus esquinas. Como tampoco tenían poco que ver los ricos vestuarios de los capirotes, que fueron apareciendo a mediados del pasado siglo, con aquellos otros de percalina que recogen las fuentes antiguas. Ni el orden, es decir, la manera de caminar todos los componentes del tercio al unísono siguiendo el ritmo del tambor, tan característico de nuestros desfiles procesionales, con el desorden de los capirotes de antaño. Las procesiones cartageneras han estado, al menos durante los dos últimos siglos, en continua evolución, en una permanente renovación, como posiblemente



lo hayan estado el resto de las procesiones de Semana Santa, sea cuál sea en lugar de su celebración. Probablemente la tradición más firmemente arraigada, más consolidada de la Semana Santa cartagenera sea su constante afán de renovación. Yo creo que los procesionistas cartageneros hemos entendido, posiblemente como en ninguna otra parte, esa famosa cita que el príncipe Guiseppe de Lampedusa pone en boca de Tancredi Falconeri en el Gatopardo: *es necesario que todo cambie para que todo permanezca.*

Pero no sólo han cambiado con los años las procesiones, sino también todo lo que las rodea. Afortunadamente esos cambios suelen ser tan lentos que nos parece que todo es inalterable y permanece año tras año. Pero nada es igual, sin embargo. Creo que ya les hablé de lo distinta que era antes la Cuaresma, ya no se ven tantas novedades en los escaparates como entonces, lo que ahora está de moda es celebrar un aniversario. Todos los años suele haber varios, con cualquier excusa. Hasta me atrevería a decir que los cofrades hemos creado un ritual de cómo celebrarlos, en los que no suele faltar ni una exposición ni una historia escrita de la efeméride que se conmemora. A pesar de sus carencias, estas celebraciones han servido para que los procesionistas hayamos ido tomando conciencia de que nuestras cofradías son depositarias de un rico legado histórico y un importante patrimonio artístico. Lo que creo que no es poco.

Arte e historia constituyen dos aspectos de la Semana Santa para mí sumamente importantes. Probablemente porque son responsables en gran parte de que yo sea un cofrade.

Posiblemente fue el “*Libro de Oro de Cartagena y sus procesiones*” lo que más me acercó a las cofradías y a su mundo durante mi infancia. A mí entonces, no me gustaba salir en la procesiones, lo que me gustaba de verdad era verlas, y todavía aún más sabérmelas. Todavía recuerdo la cara de mi abuela María, ufana al ver como su nieto era capaz de aclarar todas las dudas que iban surgiendo durante el desarrollo de la procesión. Creo que llegué a memorizar todos los “libros de oro” que se editaron en la década de los años sesenta. La lectura detenida de sus artículos y el estudio pormenorizado de sus ilustraciones hicieron surgir en mí un verdadero interés por el arte y por la historia que muchos años después de ser médico me llevarían de nuevo a las aulas de la Universidad. Esta es sin duda alguna mi deuda con las procesiones cartageneras, esos caminos insospechados en la infancia por los que he llegado a transitar gracias a la pasión que sentía y siento por la Semana Santa de mi tierra.

Muchas veces he llegado a pesar seriamente que debería saldar esa deuda, y varias ideas andan rondándome por la cabeza ahora que la jubilación se intuye ya cercana. Creo sinceramente que, salvo casos concretos y puntuales, no se ha abordado la historia de nuestras cofradías pasionarias de manera adecuada, ya que la mayoría de estudios se plantean el análisis de las agrupaciones cofrades, lo que supone un sesgo importante, ya que la mayor parte de las cofradías cartageneras son más que centenarias y la aparición de las agrupaciones son una consecuencia relativamente reciente de su propio proceso evolutivo. Además, en mi opinión, el sujeto de análisis y estudio debería ser la procesión, ni siquiera

la propia cofradía, pues pienso que a través de la evolución de los cortejos de Semana Santa es como mejor podríamos conocer la religiosidad, los gustos o la sociedad de una época, pues la mayoría de las decisiones adoptadas en las juntas y los cabildos van a tener su reflejo en la evolución de la procesión. Pero es más, creo firmemente que los cofrades cartageneros no hemos podido, no hemos sabido o no hemos querido enfrentarnos a las dos cuestiones más importantes de la Semana Santa cartagenera desde una perspectiva histórica: el origen de la cofradía marraja y la razón de la creación de la cofradía del Prendimiento. Con respecto a la primera incógnita, el nacimiento de la cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, no se trata solamente de localizar una fecha concreta, lo que sería muy interesante, cómo no, sino conocer cómo y por qué una cofradía posiblemente ligada a en sus orígenes a un convento, como hubieron tantas otras en Cartagena, tales como la de los Azotes o la de la Oración en el Huerto, fue capaz de sobrevivir a los avatares históricos y adaptarse a los nuevos tiempos. Por lo que concierne a la cofradía californiana, deberíamos plantearnos cómo en muy pocos años los primeros hermanos consiguieron el favor de Roma y el de la Casa Real y cómo fue posible además allegar los caudales necesarios para erigir dos capillas en la iglesia mayor de la ciudad y encargarle varios pasos a Francisco Salzillo, siendo entonces, mediados del siglo XVIII, una hermandad recién constituida en una ciudad periférica y muy alejado de los centros de poder. Llevo años pensando que posiblemente debió de haber otros intereses además de querer fomentar en la ciudad el culto a Nuestro Padre Jesús en el Paso del Prendimiento y a la Virgen del Primer Dolor.

Este interés que siento por la historia cofrade me lleva a no pasar por alto, como si fuesen otros más, algunos de los aniversarios que se celebran este año. El de la fundación de la Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Resucitado, hace ahora 75 años, primeramente, por su propia importancia. No se funda una cofradía todos los días. Con su constitución en 1943 los procesionistas cartageneros daban el paso definitivo para que cada día de la Semana Santa se organizase una procesión, pronto seguiría la del Domingo de Ramos y una década después, cuando cambió la liturgia, la del Sábado Santo. Se cerraba entonces un ciclo que había comenzado en la década de los años veinte del pasado siglo, cuando los procesionistas cartageneros tomaron conciencia de que debían ampliar el número de procesiones y dotar de un mayor contenido a la Semana Santa si querían estar el circuito nacional y conseguir atraer forasteros a la ciudad. También, cabría mencionar los aniversarios que este año celebran las agrupaciones de la Virgen marraja y de la Virgen californiana. Unas conmemoraciones que hacen referencia a las llegadas de la nueva imagen de la Virgen de la Soledad de Capuz y la de la Virgen del Primer Dolor de Pérez Comendador, si bien esta última sería prontamente sustituida por otra de Mariano Benlliure. Lo importante, al menos a mí así me lo parece, no es el hecho concreto de que se encargasen unas nuevas imágenes de la Virgen, sino que sus autores fueran artistas consagrados de la época. Prueba del firme deseo de los cofrades cartageneros de hace ahora 75 años, es decir, en plena posguerra, en unos años muy difíciles sin duda alguna, por recuperar la tradición secular de la Semana Santa al mismo nivel que tenía antes de Guerra Civil, cuando buena parte del patrimonio cofrade fue destruido; y esa apuesta

iba mucho más allá de recuperar solamente lo perdido, como demuestra que se expandiera en aquellos años la Semana Santa con la nueva procesión del Resucitado.

Como a la mayoría de los procesionistas y también a algunos cartageneros, me gusta dejarme caer por Santa María cuando abre sus puertas los días de Semana Santa y se convierte en un improvisado museo. Puedo entonces disfrutar sin prisa los tronos vestidos de flor y listos para salir en la procesión. Puedo hacer entonces lo que no me es posible hacer el resto del año: gozar del y con el arte que custodian las cofradías cartageneras, nuestras cofradías pasionarias. Muchas veces me he preguntado por qué Cartagena, como tantos otros pueblos y ciudades de España, no tiene su propio museo de Semana Santa, y siempre me doy la misma respuesta: perdimos aquel proyecto de museo porque en realidad a nadie le interesaba, o quizá sólo le interesaba a unos pocos. Pero yo creo que es una meta por la que hay que luchar y trabajar. Un reto que los cofrades cartageneros debemos retomar y afrontar de nuevo. Estando ya tan adentrados en el siglo XXI, no podemos contentarnos con pensar que, todos los años, las noches de Semana Santa ponemos un museo en la calle y que un hermoso cielo tachonado de estrellas sirve de bóveda a los tronos cartageneros. No podemos instalarnos en ese pensamiento, porque ya no estamos en el siglo XIX. Esa idea tan poética y romántica fue la que entre otras sirvió para impulsar la transformación de las procesiones en el cambio del XIX al XX, pero de eso hace ya más de un siglo.

Un museo sería el mejor homenaje a todos los que nos precedieron y sería además una inversión de futuro para

salvaguardar nuestro patrimonio. Sólo perdura aquello que se pone en valor, y no tengo muy claro que los cofrades actuales seamos conscientes del valor artístico e histórico que esconden muchos de los enseres que utilizamos y procesionamos los días de Semana Santa. He visto demasiado interés por estrenar y poco afán por restaurar. Aquí lo que se lleva es lo nuevo, lo de ahora. Bien lo sabemos los procesionistas cartageneros, tan amantes de intentar incorporar a nuestro acervo cualquier moda, alguna rayando en lo chabacano incluso, como estoy seguro que todavía muchos, al igual que yo, pueden recordar.

Cuando reivindico como ahora un museo para nuestras procesiones, me refiero exactamente a eso: a un museo. No a una de esas cámaras de las maravillas donde los hombres del Renacimiento atesoraban un sinfín de curiosidades y objetos valiosos. Un museo actual debe ser ante todo un espacio cultural, donde se muestren los fondos que se custodian en él y donde además también se eduque. Un museo moderno ha de ser un lugar de encuentro y estudio para aquellos que quieran aprender a través del análisis de sus obras y con la comparación de otras que fueron creadas para un mismo fin. Un museo moderno tiene que tener una programación anual de exposiciones temporales y otros eventos que nos permitan conocer cada día más nuestra Semana Santa. Un museo de Semana Santa del siglo XXI debería ir más lejos de la mera exhibición de piezas, por bien que pudiese estar hilado su discurso expositivo, porque un museo de Semana Santa no es solamente un museo de arte cofrade, es mucho más. Debería de recurrir a las nuevas tecnologías para ser capaz de transmitir

también y dar a conocer la esencia de las procesiones cartageneras. Esa singularidad de la que tanto nos gusta jactarnos. Pero para poder contar de nuevo con un museo deberíamos ser todos generosos, al menos así lo creo yo. Los cofrades deberíamos mostrar esa generosidad olvidándonos de esas cuotas que tenemos establecidas entre cofradías, y que pienso que no son buenas para nada, ni siquiera para decidir cuál debe ser cada año el motivo del cartel de la Semana Santa, siguiendo una alternancia que no creo que favorezca la creatividad. Pero además de generosos, los cofrades deberíamos ser también humildes, muy humildes para poder acudir de nuevo a nuestras autoridades y solicitarles lo que ya nos dieron y no supimos gestionar. Pero creo que a pesar de todas las dificultades es una empresa que merece la pena que se intente otra vez.

Hablaba hace un momento de la esencia de nuestras procesiones. Siempre me han resultado curiosos esos foros cofrades donde se defiende apasionadamente la esencia de las procesiones cartageneras, algo que en opinión de sus tertulianos no debería perderse y que está desapareciendo, entre otras cosas, porque los que tenemos actualmente responsabilidades en los órganos de gestión de las cofradías lo estamos consintiendo. Yo opino igual. Confieso que muchas veces me he parado a pensar cuál es el atributo que mejor define a las procesiones cartageneras, cuál es su auténtico espíritu, lo que podríamos denominar el alma de nuestra Semana Santa. Pero sigo sin encontrar una respuesta. Sí, no se extrañen. No tengo ninguna. El orden, estoy seguro que responderíamos la mayoría. Ese orden al desfilar los tercios

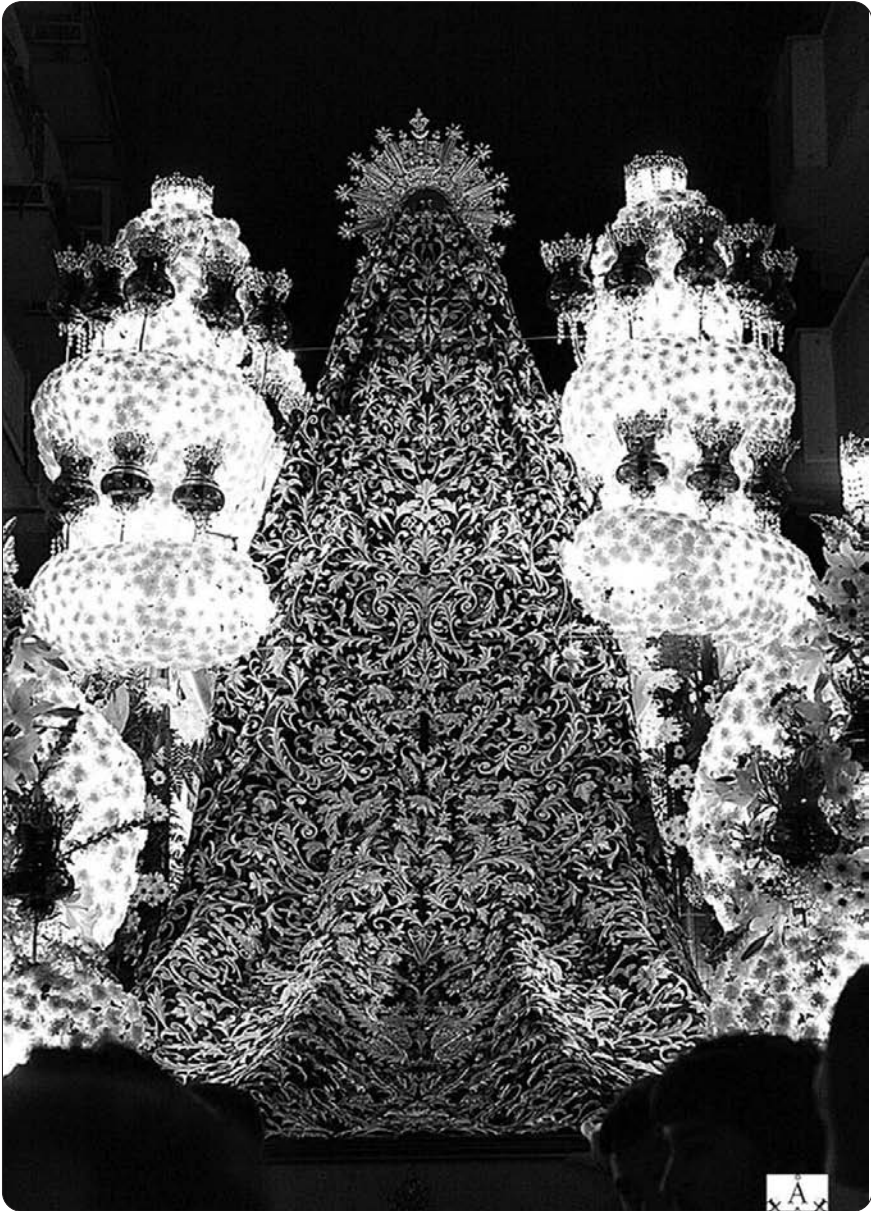
de capirotos del que todos los cofrades y procesionistas cartageneros no sentimos tan orgullosos; cuya técnica y entresijos explicamos sin tregua alguna a cualquiera que se acerque a Cartagena durante los días de Semana Santa y les hablamos entonces con pasión de lo que es un fuelle o picar en el momento de girar en una curva, ante su cara de estupefacción. Obviamente el orden es uno de los elementos singulares de la Semana Santa cartagenera. Pero yo no tengo claro que esa sea su esencia. De hecho, el orden, tal como lo concebimos actualmente, es algo relativamente reciente. Su momento de mayor esplendor probablemente se sitúe en los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, coincidiendo con el apogeo de las agrupaciones cofrades. No es extraño. Orden y “agrupacionismo”, discúlpenme la palabreja, van de la mano, ya que en mi opinión el orden, es decir, la manera peculiar que cada agrupación tiene de desfilar, es una de sus señas de identidad, al mismo nivel que los colores y la música con los que se identifican todos sus miembros.

Si no fuese el orden, la esencia de las procesiones cartageneras podría estar contenida en esos tronos lucidos y elegantes que tanto asombran a quienes se acercan a nuestra ciudad las noches de Semana Santa. No estoy tampoco seguro de ello. No me cabe duda alguna que ese derroche de flores y luces es una manera muy nuestra de entender las procesiones. Un reflejo de nuestra condición de levantinos y de nuestro gusto por la luz y el color como cualquier otro pueblo del Mediterráneo. Pero qué ocurre entonces con tantos otros tronos sin los que serían incompresibles nuestras procesiones actuales. Ni siquiera tengo la certeza de que la combinación de los tronos cartageneros y el orden de los tercios al desfilar concreten el

espíritu de las procesiones cartageneras, a pesar de su singularidad y de que constituyen su seña de identidad más genuina. Esa tríada mítica compuesta por la luz, la flor y el orden que conforman nuestras famosas e incomparables procesiones de Semana Santa, tal como se podía leer en las páginas de *El Noticiero* allá por los años sesenta del siglo XX.

Pero las cofradías de Semana Santa son un universo rico y muy complejo, donde confluyen y conviven a un tiempo valores en apariencia contrapuestos como la fe en Cristo, la esperanza en la resurrección de los muertos, la devoción..., es decir, la espiritualidad más elevada, con otros tan profanos como la fiesta, la música o las tradiciones populares. En una suerte de extraña mezcolanza que sería incapaz de mejorar el más sabio de los alquimistas, pues está fundida con tal precisión que el más mínimo desequilibrio en esta certera combinación de elementos bastaría para dañarla irremisiblemente y abocarla probablemente a su extinción. Por eso, resulta tan difícil tratar de encontrar la verdadera esencia de las procesiones cartageneras, como posiblemente también la del resto de ciudades españolas, pues son tanto una muestra de religiosidad popular como una fiesta mundana.

Yo pienso que la esencia de las procesiones es algo muy sutil. Quizá el alma de nuestras procesiones esté contenida dentro de nosotros mismos, y no sea, posiblemente, más que esa capacidad de soñar y evocar a través de ellas que tenemos los procesionistas. Un resquicio que nos permite volver a vivir esos años que hace ya mucho que pasaron y que el tamiz del tiempo nos devuelve felices, aunque probablemente no lo



fueron tanto. Aquellas procesiones ya casi olvidadas que veíamos con los abuelos. Aquellas no menos lejanas en las que nuestra madre nos ayudaba a vestirnos de nazareno primero y después de capirote. Aquellas en las que disfrutábamos con los amigos y soñábamos con el primer amor. Aquellas que ya sólo vagan perdidas entre nuestros recuerdos. Aquellas que ya solamente podemos soñar. Hace ya rato que sueño, probablemente en voz alta. Hace rato que estoy soñando despierto con los ojos abiertos, muy abiertos, disfrutando con el paso de esos colores que tanto me gustan. Sólo falta uno, el azul. Mi preferido. Y de repente, dos dragones alados se baten en medio de la noche y una estela de plata y de azur se desliza por las calles de la vieja Cartagena abriéndole paso a la Virgen del Primer Dolor. Ella es la única razón de que yo sea cofrade y californio. Madre de los californios, Madre Nuestra que en noches de silencio te haces Esperanza. Esperanza en Cristo Resucitado, en una vida eterna. Esperanza que da pleno sentido a nuestras vidas y a ese cúmulo de sensaciones que vivimos los cofrades y procesionistas los días de Semana Santa. Hace ya rato que su trono pasó por mi lado, pero yo sigo aferrado con fuerza a la mano de mi madre, no quiero irme todavía. Quiero ver ese instante en el que su manto encarnado se pierde en la noche y se adentra en el corazón de la ciudad. Quiero sentir ese instante en el que Ella cala profundamente en mi alma para ser ancla; para ser ese pilar firme donde agarrarme siempre, a pesar de las tormentas de la vida, a pesar de muchas noches oscuras, a pesar de mis noches sin luna.

